

Repúblicas, ¿quiénes eran ellos sino descendientes de hidalgos que buscaban nuevos horizontes de libertad para sus hermanos?

Bolívar, uno de los héroes más completos que presenta la Historia en cuanto a valor, ilustración y nobleza, a quien la antigua Grecia llamaría semidiós, era otro gran capitán de la raza del Cid.

Venció a los españoles honrando a España, al formar nuevas patrias, que al fin habían de aumentar las glorias de la descubridora de un nuevo mundo.

Y toda esa pléyade de varones inmortales que, al contemplar el épico gesto de Bolívar, se lanzó desde el Atlántico y el Pacífico hasta el mar Caribe gritando Libertad, ¿honraban a qué raza sino a la ibérica?

La sangre y el espíritu heredados de España diéronle vida independiente a Hispanoamérica, al triunfar las armas de Bolívar, Sucre y San Martín.

El genio español le prestó luz y alas al pensamiento de Bello, de Sarmiento y de Rubén Darío, y sigue el sol de Hispanoamérica irradiando continuamente chispazos de inteligencia, como lo atestigua la gran cultura sudamericana.

Hispanoamérica no se duerme mientras silbe en su rededor el progreso de Norteamérica; ella sabe lo que todo eso vale; ni desprecia las ciencias y artes de Francia y Alemania, pues la necesita su conciencia, ni ve con ingratitud las generosas corrientes de Italia, porque sus tierras tienen sed de ellas, a la vez de amar mucho a España, la inspiradora de sus nobles actos; todo lo aprovecha, para probar que es la educación la que transforma la faz de los pueblos y enaltece el espíritu de la raza.

Hispanoamérica hará todo menos renunciar de su hermoso idioma, urna de sus gloriosas tradiciones.

El pensamiento y el idioma están fuertemente eslabonados; el idioma es el ala de la idea, y las buenas ideas son hijas del sentimiento; de ahí que el amor a España no morirá en América mientras allí se hable el español.

El idioma será muralla infranqueable contra toda conquista que tenga por finalidad el avasallar la raza.

Ni Cuba, Santo Domingo ni Puerto Rico podrán ser absorbidas por Norteamérica mientras el español sea el idioma de aquellos pueblos, por fuertes que sean las imposiciones del conquistador, que dice amar la Libertad; el idioma será siempre una arma poderosa para sostener la lucha y ganar victorias en favor del Derecho.

El idioma es la voz de la Patria; es el santo y seña de los patriotas, mantenedora del espíritu, urna de reliquias históricas.

España, luchando contra romanos, moros y franceses, será siempre nuestro dechado en toda campaña de libertad e independencia.

España, iluminada por los resplandores del genio de Cervantes y de Calderón, será siempre modelo para nuestros ingenios; y al penetrar nosotros en el sagrado recinto del Greco, al quedar extáticos ante los cuadros de Velázquez, y al rendirnos ante las versátiles concepciones de Goya, exclamaremos con orgullo: «Somos descendientes de los más grandes artistas del mundo, de los guerreros más intrépidos, de los genios que más brillo dieron a la gran república de las letras».

Falta, sin embargo, que la gran patria de Cervantes pague con un poco más de cariño el grande amor de Hispanoamérica, cultivando con más interés las relaciones de vida más íntima, de vida más espiritual, a la vez que comercial, para que el iberoamericanismo sea positiva realidad, una verdadera defensa de los intereses de la raza, en tiempos de paz, y en tiempos de guerra lo mismo: una cadena amorosa de nacionalidades cuyos eslabones de luz sean soles deslumbrantes de la civilización universal.

JAYME COLSON.

La Doctrina de Monroe desde un punto de vista subjetivo⁽¹⁾

=El autor dedica este ensayo al Lic. don Juan Rafael Argüello de Vars.=

Entre todas las cosas, la más bella es la justicia.—Inscripción en el Templo de Apolo en Delfos.

Es con una emoción inquietante como vengo a este pupitre—donde tantas veces brincó sobresaltado el corazón ante el Tribunal examinador— para que me otorguéis vosotros el gajo magnífico que se anhela en esta casa del Derecho y para que cambiéis—si os parece bien—mi pupitre de Estudiante por la toga de abogado.

Solemne es para mí este momento—como pocos en la vida—y habría querido corresponder a tan magno acontecimiento con un estudio digno del caso. Pero ni el tiempo de que dispongo ni mis conocimientos jurídicos me permiten ofrecer un trabajo como yo lo deseara. Sin embargo, he querido tratar algo que me parece de trascendencia y que importa dedicación y esfuerzo.

Sirva ello, pues, como modesto homenaje que rindo a la Escuela donde he adquirido una nueva cultura y donde ha sentido mi espíritu la iniciación de una filosofía, que será mi anhelo profundizar y conocer para bien mío y servicio de los hombres.

Trataré de realizar aquí una obra muy difícil: primero, luchar contra el prejuicio tan arraigado en estos pueblos de América, de que es un peligro para nuestra soberanía la actuación política de los Estados Unidos; de que los Estados Unidos sólo desean absorber a los pueblos del Sur; de que el porvenir de estas naciones está ya casi al alcance de las garras poderosas del águila del Norte—como se dice— y segundo, sustentar una tesis que no será bien vista en el primer momento pues son muchos los recelos y las animosidades que se tienen para los Estados Unidos y cualquier palabra en su favor parecerá a muchos un sacrilegio.

Y es que es difícil desarraigar lo que hace cincuenta años se vive; los hombres se recuestan cómodamente en estos almohadones de la costumbre y una pereza mental no les permite salir de sus ideas adquiridas.

Pero nada de eso me detiene.

Un nacionalismo estrecho nos impide tener una más grande comprensión de estos problemas y un artificioso y decantado «patriotismo» nos hace hablar contra otros pueblos, nos hace prevenirnos contra otros hombres y nos llenamos de odio y

(1) Tesis presentada por el Licenciado don Rogelio Sotela, en el acto de su incorporación, en el Colegio de Abogados.